

El último cartucho

A la memoria de mi padre

Resultaba muy extraño, pero tan sólo le preocupaba el equilibrio de las maromas con las que descendían la caja; ni siquiera le sorprendió ver tan nítidamente a través de su tapa como si, en lugar de madera, fuese de cristal. Divisaba perfectamente a sus hijos situados en un primer plano, junto a la fosa: las chicas llorando; los chicos en un tenso silencio. A su lado el cura y los sepultureros, manejando las maromas con precaución; detrás, un poco apartados de la fosa, un grupo de personas cuyo rostro no podía distinguir. Sí, podía ver claramente todo aquello sin sentir ninguna emoción, ni siquiera la de la extrañeza de verlo. Únicamente le preocupaba que no se cayera la caja, que descendiera equilibradamente hasta posarse en tierra. Cuando al fin lo lograron, tuvo una sensación de paz. Entonces los sepultureros lanzaron la primera paletada sobre el ataúd; pero no fue el ¡plof! sordo y seco que tantas veces había ya escuchado lo que oyó, sino un ruido distinto, un ruido más leve y espaciado. Como si en lugar de una palada de tierra fuera un puñado de gravilla lo que lanzaran; como si en lugar de unos terrones sobre el ataúd, fuesen gotas de lluvia tamborileando en los cristales.

Y precisamente eran eso: gotas de lluvia. Estaba lloviendo. El aguacero azotaba los cristales de la ventana de su cuarto mientras él permanecía en su lecho, ligeramente agitado por la pesadilla y lo brusco del despertar. Estaba lloviendo... «¡Vaya por Dios! Precisamente hoy tenía que ponerse a llover. Durante toda la semana un sol de gloria, y el domingo que se levanta la veda, tiene que caer el chaparrón...».

Su mano tanteó hasta encontrar la pera. Encendió la luz y miró el reloj que estaba sobre la mesilla de noche, junto a las tabletas para el estómago. Las cuatro y veinte —se dijo—; ¿dónde voy a ir yo a estas horas? Aunque, bien mirado, como siga cayendo de esta forma, no sé dónde demonios voy a ir...

Se levantó y, calzándose las pantuflas, se encaminó lentamente arrastrando un poco los pies hacia el cuarto de baño. Con la próstata, hasta perdía la cuenta de las veces que debía levantarse a orinar. Y en el campo le pasaba lo mismo: cada dos pasos, detenerse. Así ni se podía cazar ni se podía hacer nada. ¡Valiente castigo!

Mientras se dirigía al comedor, oyó a la perra gemir y revolverse en su cuarto. «¿Qué te pasa, tonta; chillando en sueños a los conejos?». También tenía ya sus años la perra, también. «Ella en perro y yo en hombre, tal para cual».

Encendió la luz y tomó del frigorífico una botella de leche. Se sirvió medio vaso y cogió unas cuantas galletas de un paquete que había en el aparador. Le hacía raro el verse allí, bebiendo leche, él que siempre se había desayunado con una copa de anís. Pero desde hacía algún tiempo, desde un poco antes de morir la vieja, nada de anís. El anís le abrasaba el estómago. Bueno, el anís y la cerveza; así que también se acabaron aquellas cañas que tomaba a mediodía y al anochecer, y que, con las tapas de cocina,

casi le servían de comida y cena. Nada de anís, nada de cañas, nada de nada. ¿Qué le quedaba ya?

Le quedaba la casa. Sus ojos cansados recorrieron las paredes donde colgaban los retratos de los hijos y de los nietos. Un buen puñado. Al echar la cuenta de ellos, siempre se olvidaba alguno. Y con tantos hijos, con tantos nietos, estaba allí, en aquella casa que ya antes resultaba demasiado grande para la abuela y él, sin otra compañía que la perra.

Cuando la vieja murió, los hijos le plantearon el problema: «Tú no puedes quedarte solo en la casa, papá». «Bueno —replicó—, pues a ver qué solución me dais». Ellos tampoco lo tenían muy claro. No sabía si alguno pensó en la Residencia, pero el caso es que nadie se atrevió a mencionarla. Ya lo había dicho él muchas veces: «Antes de que me encierren allí, con esos pobres borregos, me pego un tiro». Así que eso, ni lo mentaron. Tan sólo insistieron que debía irse a vivir con la única hija que le quedaba en el pueblo. «Vamos —dijo al fin—, no os canséis más. Son muchos años viviendo aquí para que ahora me ponga de mudanzas. Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Y que sea lo que El quiera».

Así es que continuaba en aquella casa, que ahora le resultaba tan grande, sin otra compañía que la de la perra, aquella perra tan vieja como él. Resultaba curioso lo de aquel animal... Cuando se la llevaron, —y de esto hacía ya catorce años— era sólo un ovillejo de lana negra, un cachorrillo aún sin destetar. El la cogió, y al sentir en su mano su calor palpitante, tuvo la impresión de que no era la primera vez que la cogía. De pronto, recordó: *La Mora*. Allí, en su mano, un ovillito temblón, todo cubierto de pelo negro, brillante y sedoso. Hasta ellos llegaba el retumbar de los cañonazos y se veían nítidamente las columnas de humo que se elevaban del otro lado de la sierra. «Hoy se están zumbando bien —dijo el Eutiquio—; y lo malo es que con este zafarrancho, ya ni puede salir uno al campo por temor de una bala perdida o de encontrarse con los militares y que te quiten la escopeta». «Eso si se da bien la cosa —le replicó—; porque si están de mala leche, te fusilan por no haber entregado el arma». «En fin —dijo el Eutiquio— que tampoco va a dejar uno la caza por esta mierda de guerra; así que a lo nuestro: me das un duro, y el cachorro es para ti. El padre es medio chusquel, pero la madre setter legítima. Ahora, yo te aseguro que estos bastardos son los mejores. Antes de tres meses la estás matando conejos». «¿Matar conejos a ésta? —le habían dicho cuando la enseñó—. ¡No nos hagas reír! Allí en tu tierra, puede que una medio setter sirva para algo; pero aquí, con esta aspereza y esta sequedad, todo lo que no sea un buen podenco...» «Bueno, bueno, reiros; pero esta es igualita que otra que tuve en mi tierra y que me dieron también de cachorro. Pues como salga sólo la mitad que aquélla, el que se va a reír voy a ser yo. De vosotros y de vuestro podencos...»

En su cuarto, *La Mora* seguía chillando en sueños. ¿Qué soñarían los perros? Seguro que soñaba con la caza, y por eso latían. «Sabe que hoy es el primer día, seguro que lo sabe. No sé cómo se las arreglan, pero los perros lo saben todo. Aunque con este tiempo, no sé dónde demonios vamos a ir».

Entró en su cuarto y se metió en aquella cama de matrimonio que, como todo, le venía ya demasiado grande. El aguacero continuaba golpeando en los cristales. «Tam-

bién es mala leche. Hoy, precisamente hoy, tenía que ponerse a llover. Pues como siga así me quedo en la cama. Sería la primera vez que fallase a la desveda».

Echó la cuenta. Setenta años. «Porque tenía diez la primera vez que papá me llevó a Valonsadero. Claro que él no lo hacía por mí, sino por su interés; para que pudiera meter de matute toda la caza que mataba sobre el cupo que habían fijado en el coto». Su padre le ataba a la cintura la ristra de conejos y perdices, dejándose él los justos en la percha y en el morral; luego le envolvía en una manta y, cuando se cruzaba con el guarda, empezaba la comedia. «¿No ve usted? —refunfuñaba—; ya está muerto de frío. Mucho papá, papá, llévame; y luego no puede con su alma. No sé a quién ha salido tan flojo». «Dele usted tiempo, mi capitán. Los hombres son como los perros; hay que hacerlos cazando. Dele usted tiempo y verá cómo dentro de un par de años es él quien nos cansa a todos». «No sé, no sé... En fin, antes de dar la última mano, echemos un cigarro. Y tú vete ya para casa, que me da no sé qué verte con la lengua fuera». La lengua fuera... ¡Menudo era el capitán! Ahora, eso sí; escopeta y vista como la suya no había encontrado otras en su vida. Ya lo decía Leandro, el médico: «Con el ojo y el pulso de éste, no me extraña que le dieran la cruz en Cuba. ¡Apañados estaban los mambises!» «Quienes estamos apañados —replica el tío Florencio— somos nosotros; porque este, Leandro, acaba con el coto él solito».

Allá en su cama, mientras escuchaba el tamborilear de la lluvia, veía a su padre sentado entre el médico y su tío Florencio; los veía tan claramente como si estuvieran en la habitación. Era curioso, pero desde hacía un tiempo cada vez recordaba más aquellos días en que acompañaba a su padre esperando que éste le dejase pegar algún tiro, aunque eso ocurría muy raras veces, pues a su padre sólo le interesaba que sacase oculta la caza. Recordaba aquellos días, y, al recordarlos, siempre se le ocurría aquella idea tan tonta: la de empezar de nuevo. Que morir no fuese morir sino empezar otra vez. No es que uno no muriese; todos tienen que morir, eso es algo que ya se sabe. Pero lo que nadie sabía es lo que pasaba en realidad. Uno veía la muerte desde fuera, desde el lado de los vivos. Se ve el entierro; los sepultureros que meten la caja en el nicho; los amigos que, de vuelta del cementerio, entran en un bar para echarle las honras. Pero ¿y el muerto? ¿Qué veía éste, el muerto? Eso es lo que no sabía nadie. Y a lo mejor lo que ocurría es que uno se quedaba dormido y de pronto escuchaba la voz de padre que decía: «Vamos, dormilón, espabila que ya clarea». Y entonces él se despertaba con la alegría de acompañarle a cazar por primera vez; y estaba otra vez allí, junto a su padre, recibiendo en la cara la bofetada estimulante del frío viento del Moncayo, y sintiendo cómo se le llenaban los pulmones de aquel aire otoñal impregnado con el aroma del tomillo húmedo de escarcha, mientras corrían los dos como locos hacia la ladera donde la perdiz, que se había levantado demasiado larga, iría a posar su vuelo...

Claro que aquella era una idea tonta, pero últimamente no se la podía quitar de encima. Porque, además, estaba lo de aquella perra. No es que fuera igual, lo que se dice igualito que la otra; es que parecía la misma; es que era la misma. La misma forma de cazar, la misma constancia para machacar el monte metiéndose en todas partes, sin que la asustasen las zarzas más espesas ni las aliagas más agudas; sin dudar en entrar en el río para cobrar un azulón o una gallineta aunque la arrastrase la corriente dos kilómetros; levantando, a pesar de sus pocos vientos, caza donde no la levantaba nadie...

Tan igual, tan igual, que parecía un milagro. Y cuando de pronto empezó a recordarle cosas, cosas que la otra ya había hecho hacía más de cuarenta años, le dio por pensar que aquello no era casualidad, que allí había algo raro que no podía comprender. Y fue entonces cuando se le ocurrió que a lo mejor era la misma perra que había vuelto, y cuando empezó a rumiar aquella tonta idea de que morir era tan sólo empezar de nuevo.

Miró el reloj. Las seis menos veinticinco. Era extraño, pero había dormido una hora casi sin darse cuenta, sin tener conciencia de haberse dormido. Porque esta era otra de las cosas que le ocurrían últimamente: que algunas veces estaba en la cama, pensando que no había pegado más que una cabezada y, de pronto, miraba el reloj y resultaba que había estado cinco o seis horas atroncado; y otras en cambio, que por la cantidad de cosas que había soñado se figuraba que ya había pasado la noche, resultaba luego que no hacía ni diez minutos desde la última vez que miró el reloj.

Pero ahora eran ya las cinco y media pasadas, y si quería ir de caza había que pensar en levantarse. Seguía lloviendo, aunque parecía haber amainado un poco. A lo mejor, con un poco de suerte, terminaba escamando. Además que, para desvertirse, siempre había tiempo.

Antes, en días tal que este, no tenía que levantarse siquiera, porque ni se acostaba. Tras la cena, empezaba con los preparativos: cargar y rebordear los últimos cartuchos, ensebar las botas y los leguis, limpiar y engrasar la escopeta, preparar la bici, la fiambrera, la bota de vino, el morral y la canana. Cuando al fin lo tenía todo dispuesto, y tras cerciorarse de que no faltaba nada, resultaba que eran las dos y media o las tres y para esa hora ya ni merecía la pena acostarse. Porque entonces no era como ahora, que se mete uno en el coche y enseguida se está en el cazadero. Entonces había que coger la bici y chuparse diez o quince kilómetros despacito, para no reventar a los perros, con lo que las dos horas no había quien se las quitara a uno, y si quería llegar con el alba tenía que salir de casa antes de las cinco. Ahora la caza se había hecho cosa de señoritos. Claro que señoritos también los había antes, pero esos eran otra historia; con sus vedados y sus ojeos, no tenían nada que ver con ellos. Pero lo que se dice cazar, patear el monte con el perro al lado, eso sólo era para los cabales, los que llevaban la caza en las venas; no como ahora que, con el coche, cualquier ciegaliebres se lanzaba al campo...

Así que, a las dos y media, ya con todo preparado, se sentaba en la camilla con una copa de anís, y allí se estaba pitillo tras pitillo esperando el silbido del compañero. Y él se decía que había que prepararlo todo bien, pero de sobra sabía que eso sólo era una excusa, porque en realidad podía prepararlo todo en mucho menos tiempo y acabar antes. Lo que ocurría es que, en el fondo, no quería acostarse, pues de sobra sabía que no iba a poder pegar ojo. Y es que esa era otra, que qué tendría aquella endemoniada caza para que un año sí y otro también le entrara a uno esa desazón y ese hormigueo la víspera de la desveda; que era como cuando de chaval quedaba uno con una chica por primera vez, pero más fuerte; porque con las mujeres uno se serenaba con la costumbre y el paso de los años, pero lo que es con la caza uno no se serenaba nunca.

Aunque desde hacía algún tiempo ya no era igual. Ya no le entraba aquella desazón que le mantenía toda la noche de imaginaria y, aun cuando tarde y nervioso, se acostaba y podía dormir. Y no es que no le sacase gusto a la caza, no. Es que últimamente se

encontraba tan cansado de todo, que ya no le desvelaba nada. Era curioso cómo se iba perdiendo la ilusión por las cosas. Cualquiera día, al despertar, se iba a encontrar con que ya no le gustaba la caza; y entonces sí que podría decir que ya no le quedaba nada y que sanseacabó.

Miró por la ventana. Ahora casi no llovía, un simple calabobos. El reloj de péndulo que se había traído de la casa de los padres marcaba las seis menos cinco. Le agradaba escuchar el grave y rítmico ton-ton del péndulo en su continuo oscilar. De algún modo aquel reloj era distinto de las otras cosas de la sala; de las sillas, la mesa o el aparador. Tenía algo que no tenían las demás: aquel movimiento que, de alguna manera, le hacía vivo; que le daba la impresión de que era algo vivo y le prestaba compañía. Era como aquel sillón en el que se sentaba siempre y donde se quedaba tan frecuentemente tras-puesto. También éste, el sillón, tenía algo vivo: el calor, su propio calor que, después de tantos años, parecía haber ido almacenando mientras lo perdía su cuerpo y que ahora, como si se tratase de un amoroso regazo, se lo transmitía. Y si el reloj era como un amigo que le acompañaba, el sillón era como una mujer que le ofrecía su ternura. Por eso no le gustaba que nadie se sentara en él; ni siquiera sus hijos...

Era aún demasiado pronto para salir, porque con el coche se ponía en un periquete en el cazadero, y a ver qué hacía el allí, sin luz y chispeando. Claro que ya no era como antes, cuando, allá en Castilla, era capaz de irse a la sierra en plena noche para que nadie le madrugara el cazadero. Nunca se le olvidaría una de esas noches, en que, mira por donde, se adelantó la nevada... Recordaba los copos cómo puños, y la ventisca que cegaba, y cómo no había forma con aquella nieve y aquel ventarrón de encender el fuego... Recordaba al maestro armero del regimiento —su pareja de entonces— gruñendo y maldiciendo aquella ocurrencia suya de hacer noche en la sierra; y cómo de pronto llegó hasta ellos el aullido del lobo, ese gemido largo, que se le mete a uno como un mal frío y le deja la piel de gallina y el pelo de punta. Recordaba cómo empezaron a caminar a tuestas hasta que al fin dieron con la cañada y cómo le dijo el armero: «No lloriquees más, que de ésta salimos. Ahí abajo está la majada donde pasaremos la noche». Recordaba cómo doscientos metros antes de llegar al aprisco comenzaron a ladrar los mastines; y cómo enseguida los tenían ya encima, las dos mayores fieras que vio en su vida; y cómo su compañero, sin atreverse a dar un paso, le gritaba: «¡Vámonos, vámonos, que no está el pastor y éstos nos destrozan!»; y cómo él replicó: «Tú haz lo que quieras; pero yo paso la noche en la majada pues prefiero que me destrocen los mastines a quedarme tieso y que los lobos me limpien hasta los huesos». Recordaba cómo poco a poco se fue haciendo con las dos fieras, apuntándolos con la escopeta, el dedo en el gatillo para un último extremo pero sabiendo que no sería necesario porque de sobra sabe un perro lo que es un arma; y, al par que los amenazaba, hablando tranquilo y cariñoso, con aquella forma especial que él tenía de hablar a los perros que enseguida les daba confianza; y así, con amenazas y con halagos se los ganó de una manera que a la mañana ya comían en su mano, después de que pernoctaran en el chozo; que si no es por eso, de aquella noche no salen. Y recordaba, en fin, cómo se reía viendo la cara del pastor cuando al siguiente otoño le contó que había pasado la noche en su chozo; cómo juraba y perjuraba que aquello no era posible, y tuvo que darle detalles de todo lo que había en su cabaña e incluso de cómo le habían tomado una loncha

del pernil de cabro que tenía en cecina; y cómo el hombre le miraba como a un bicho extraño y todo era decir que si alguien le hubiera contado que, sin estar él allí, y con sus perros, alguien se había acercado siquiera a su majada, le habría llamado embustero; pero después de todas las señales que le había dado tenía que creerle; y eso, una de dos, o es que había hecho pacto con el Malo, o que había nacido con la Cruz de Caravaca...

Abrió los ojos sorprendido. Otra vez se había quedado traspuesto. Miró por la ventana. Había cesado la lluvia y comenzaba a clarear. Seguro que se despejaba el día. Era cosa de salir de una vez.

Ya dispuesto, con el morral en la mano y la escopeta al hombro, abrió la puerta del cuarto de la *Mora*. ¡Cosa más rara! La perra continuaba echada, sin hacer por levantarse, sin tan siquiera menear el rabo. Tan sólo alzó la cabeza y le miró con una mirada triste, una mirada desganada, como si le pidiera que la dejase en paz, que no la obligara a moverse. ¡Sólo faltaba eso; que se hubiera puesto mala la perra! Porque tenía que estar enferma para comportarse así. Claro que ella tampoco era la de antes, que en cuanto venteaba la escopeta se ponía como loca, saltando y ladrando, con unas alegrías que no había forma de sujetarla. Con los muchos años ella también se había vuelto más tranquila, más reposada. Pero, eso sí, con todo no daba lugar ni a que la llamase. Cuando abría su cuarto ya la encontraba junto a la puerta, moviendo la cola y con los ojillos brillantes de gozo. Pero esto de ahora; esto de entrar ya preparado, con la escopeta al hombro, y que ella continuase tumbada, mirándole con un aire cansino, era algo que no había ocurrido nunca, algo que no podía comprender a no ser que estuviese enferma.

Se acercó y comenzó a acaticiarle la cabeza y a hablarla de aquella forma especial que el tenía de hablar a los perros. No hablar por hablar, sino hablarlos con el convencimiento de que le comprendían, de que se enteraban de lo que les estaba diciendo. «Vamos *Morita* ¿Qué te pasa? ¿Estás mala o es que te haces la remolona? Anda, vieja, no vayamos a fallar el primer día». El animal le miraba y miraba, hasta que, de pronto, se levantó. Le tanteó el cuerpo para ver si se quejaba. No, no parecía que tuviese dolores, que estuviera enferma... Incluso empezaba a animarse, a mover alegremente el rabo... ¡Cosa más rara! Serían los años, aunque quiso recordar que ya otra vez había hecho lo mismo. Sí, ahora le venía la idea de ello, aunque borrosa, sin saber cuándo ni dónde ocurrió.

El dos caballos se puso en marcha escandalizando a toda la vecindad. Debería cambiar el tubo de escape; bueno, debería cambiarle un montón de cosas, aunque para ello necesitaba dinero y, ¿a ver de dónde? Porque también le pasaba al coche lo que a la perra y a él: demasiados kilómetros y demasiados años. El camino por el que ahora iba, lo hacía solito, sin necesidad de conductor. ¿Cuántas veces habría hecho él aquella ruta de las minas? Primero con el camión, cuando trabajaba para la compañía; luego, cuando se jubiló, con este dos caballos que le pasó su hijo y que para salir al campo le había venido como caído del cielo. Y a ellos también les había venido bien —pensó—; también se habían aprovechado lo suyo del cochecillo. Porque entonces, cuando se lo regaló su hijo, ninguno de ellos tenía coche, y, además de aprovecharse del vehículo, se pirraban porque estuviese en la partida, porque hacía ocho o diez años aún tenía

más piernas y aún cobraba más piezas que todos ellos juntos. Por eso bien que le buscaban, bien. Igualito que ahora.

Lo que más le dolía era la falsedad; que no dieran la cara, que no fueran con la verdad por delante, y aún pretendieran quedar bien. No hacía aún ni una semana se había encontrado con el ebanista que, nada más verle, le soltó: «Bueno, abuelo, supongo que no estará haciendo usted planes para el domingo. Se viene con nosotros». No quiso discutir ni decirle lo que le tenía que haber dicho, y se limitó a replicar que para él la caza ya se había acabado, porque eran ya ochenta años y además, desde que murió la mujer, no tenía ya ganas de nada... Y el otro venga a insistir en que si ahora se iba ya a acobardar, y que no fuera tonto y se fuera con ellos aunque sólo fuera unas horas por la mañana, que ya sabía él que todos le apreciaban, y que habían sido muchos años de cazar juntos... Y él se limitó a agradecersele y a decir que no, que ya iba a colgar la escopeta. No quiso decirle la verdad: como hacía un año le había escuchado por casualidad quejarse con los otros de que el abuelo ya no estaba para esos trotes y que sólo era un estorbo; y que tampoco le parecía justo que, a la hora de repartir, todos iguales. Y nada más oírle —y bien ajeno estaba el otro de que le escuchaba—, se dijo que una y no más; que él no estaba acostumbrado a que le regalase la caza nadie, y que con aquella partida no volvía a salir por nada del mundo.

Dejó el coche entre los dos acebuches que se alzaban junto a la poza, con la idea de volver por allí a la hora de comer. Pues una de las cosas que más echaba de menos eran aquellos manantiales que brotaban por todas partes en su tierra, aquellas fuentes de agua fina y helada que daba gloria llegar a ellas cuando más apretaba la calina. Porque aquí el campo era más feo; aunque no, no era eso, porque también tenía su encanto, sobre todo en otoño y primavera que se ponía de verde que daba alegría verlo. Pero lo que no había era agua por todas partes, agua buena para beber. Y aquella poza, aunque de agua basta, servía al menos para que se refrescasen la perra y el vino. Así que, con la idea de volver, cerró el coche sin tan siquiera tomar el morral. Con la percha tenía suficiente por si caía alguna perdiz o algún conejo. Además, había vuelto a entoldarse. Seguro que no se escapaba el día sin llover. Estaba decidido: a mediodía se volvía a casa.

Y es que, la verdad, le daba algo de reparo andar por el campo solo, con sus años y aquella pierna que no había vuelto a ser lo que era desde que el manazas del Emilio le metió la perdigonada y encima, al año, aquel otro chalado con la moto le echó la confirmación. Su hija siempre le estaba dando la lata con que cualquier día se iba a quedar en el campo; y era verdad. A lo mejor ese era su fin. Caerse y quedarse tieso al pie de un chaparro, sin que nadie supiera de él hasta que, a los dos o tres días, le descubriesen por el olor. Aunque, bien mirado, aquella era la muerte que le resultaría más propia, y también la más apetecible. Quedarse allí, en el campo, entre las jaras, los pulmones aún llenos con la última bocanada de aquel aire perfumado por las plantas silvestres, mientras se iban apagando en él, y a la par, la luz del atardecer y el trino de los pájaros... Incluso sería bueno que le enterrasen allí, en la dehesa. Que le enterrasen con su escopeta, como había leído que enterraban a los indios en la pradera, con sus flechas y su hacha, dispuestos para seguir cazando, pues creían que se continuaba cazando en el más allá, lo que, por cierto, no era una mala creencia. Porque tampoco

sabía a quién se la podría dejar, pues mira por dónde con tantos hijos y yernos, a ninguno le había dado por el campo. Aunque, por otra parte, la escopeta ya tenía un destinatario: Se la dejaría a Manolillo, que bien iba saber aprovecharla.

¡Aquel sí que era de ley, no como los otros! Aquel sí que le tenía apego, y cuando decía de salir juntos lo decía de corazón. Y eso que él muchas veces se excusaba, porque sabía que era un estorbo para Manolillo; que ya no era capaz de seguir a su aire, y que cuando salía solo el muchacho, cobraba mucho más que cuando salían los dos. Y por eso, muchas veces le rehuía, porque Manolillo, aparte de la afición, que la tenía loca, salía al campo a buscar el pan de los suyos, pues el pobre con la pensión que le había quedado por la silicosis poco podía hacer y tenía que arrimarse a lo que fuera; y antes sí tenía sus chapuzas, que trabajador era como pocos y se le daba muy bien todo lo de la construcción, pero ahora, con el paro que había, tenía que hacer cola; así que buscaba un alivio en el campo, con los espárragos, o los pajaritos, o la caza, o lo que fuese, que para todo era un águila. Por eso, un día que se había excusado de salir, y el otro le dijo que qué le había hecho para que de un tiempo a esta parte hiciera ascos de salir con él, fue y le largó: «Mira, Manolo, yo soy muy claro. Tú sabes que yo te aprecio como a un hijo y que te he dicho muchas veces que he tenido buenos compañeros de caza, pero ninguno como tú; pero, por eso mismo, te digo que me da reparo el acompañarte, pues de sobra sé que yo con mis años sólo te sirvo de estorbo. Y tú sales al campo, como yo cuando era joven, no sólo por divertirte, sino para llevar comida a tus hijos, que la necesitan. Así que por eso es por lo que muchas veces me excuso: para que tú puedas ir a tu aire, sin el engorro de cargar conmigo». Y mientras, el otro le dejaba hablar, sin hacer intención de interrumpirle, quieto y callado hasta que dijo lo que tenía que decir. Y entonces fue él quien habló, también muy serio y pausado, sin aspavientos ni alharacas: «Mire usted, abuelo. Hoy sí que me ha convencido de que está usted mucho más viejo de lo que creía yo viéndole en el campo y, permítame que le diga, un poco chocho. Por eso le consiento que me hable como me ha hablado antes, y no me doy por ofendido. Pero quiero que entienda una cosa: mientras usted pueda salir al campo con una escopeta, usted se viene conmigo. Y si matamos más, como si matamos menos, que también los conejos tienen derecho a vivir. Y en cuanto a lo que coman o dejen de comer mis hijos, eso es cuestión mía, y mientras yo viva, tampoco se van a morir de hambre. Así que no hablemos más y, por favor, no vuelva usted a salirme con esos disparates».

Recordaba las palabras de Manolillo mientras descendía la ladera en dirección a la rambla. Era allí, en aquellos zarzones que jalonaban el cauce seco, donde podría encontrar algún conejo. Delante de él la perra cogía alguna vez un rastro y agitaba alegremente la cola, pero de sobra sabía él que en aquel terreno no iba a hacer nada, pues todos los conejos que durante la noche habían rondado por allí, estaban ya en sus encierros. Así que caminaba distraído, recordando aquellas palabras de Manolillo y pensando que aquél no era como los otros; que si hubiera estado bien, hoy no estaría él cazando solo. Pero Manolo andaba últimamente pachucho, y llevaba unos días en la cama, con fiebre. No, no le gustaba nada cómo estaba aquel muchacho... Y es que la puta mina, acababa en unos pocos años con un hombre.

Así que andaba distraído, porque lo que menos podía figurarse es que fuera a saltar

precisamente ahí. Ya lo decía el refrán... La liebre se había acunado en mitad de la ladera, en un terreno que él había pateado durante años sin que jamás se levantara una y, mira por dónde, ahora se había quedado allí. Así es que entre su distracción y la sorpresa, cuando la tiró ya iba muy larga. El primer disparo fue tirar por tirar, pero con el segundo estaba seguro de que la había tocado. Ahora que, con el paso que llevaba, sabe Dios dónde iría a tumbarse.

Llamó a la perra para que volviera, dejando su inútil carrera tras la liebre. La perra cesó de chillar. Pensó que, obediente a sus voces, regresaba, y reanudó el descenso de la ladera. Pero cuando transcurrido un par de minutos comprobó que la perra no había vuelto, tuvo en un sobresalto el presentimiento de lo que había ocurrido. Se había caído por el derrumbadero que se abría sobre el recodo que hacía la rambla.

Ni siquiera se aproximó al barranco para comprobar su presentimiento. Con la certeza del hecho, bajó lo más deprisa que pudo lo que restaba de declive, hasta llegar al cauce seco. Durante un rato, siguió el lecho caminando sobre el pedregal. Había comenzado a llover, pero ni siquiera lo notaba. Jadeando, arrastraba su pierna mala, él mismo a punto de caerse. Por fin llegó al lugar donde el antiguo río torcía su curso. Allí, al pie del tajo que hacía miles de años habían abierto en la ladera las aguas torrenciales, vio a la *Mora* tendida entre la espesura de las adelfas.

Mientras se aproximaba, la perra levantó la cabeza. Pudo ver cómo por su boca entreabierta manaba un hilillo de sangre. Está reventada —dijo en alta voz, como si no estuviera solo, como si tuviese a su lado a alguien a quien pudiera comunicar su angustia—; está reventada —volvió a repetir. Cuando llegó junto a ella, intentó agacharse, pero las piernas se le rebelaron. Entonces, lentamente se dejó caer al suelo, quedando sentado junto al animal.

—*Mora, Morita*, ¿qué te ha pasado, vieja? ¿qué te has hecho?— Su voz, en la soledad del campo, le sonaba extraña, como una voz ajena. Posó suavemente su mano sobre el costado de la perra y ésta emitió un gemido de dolor. —Se ha reventado— volvió a repetir mientras dejaba la escopeta en el suelo y, en un gesto de desolación, cerrando los ojos, los codos apoyados sobre sus muslos, descansaba la frente entre sus manos.

Y entonces surgió la escena. Surgió tan clara, tan real, que no parecía un recuerdo sino algo que le ocurría allí mismo. La perra entre las zarzas, —porque no eran adelfas, sino zarzamoras—; él en pie, a su lado, contemplando el hilillo de sangre que brotaba de su boca; él cogiéndola en brazos y volviéndola a dejar en tierra mientras decía: «No hay nada que hacer; se me reventó la pobre *Mora*».

Trabajosamente, ayudándose con la escopeta, consiguió incorporarse. Ahora estaba en pie junto a la perra, que gemía levemente. —Se me reventó la pobre *Mora* —dijo—. Pero entonces eran zarzamoras en lugar de adelfas; y lucía el sol, mientras ahora estaba lloviendo; y no era un cauce seco, sino el arroyo de Tejadilla; y él estaba todavía en la cuarentena, mientras ahora ya había entrado en los ochenta años...

La perra le miró tristemente. ¿Qué tendrían los perros que siempre saben lo que va a ocurrir? Eso es lo que le pasaba esta mañana: no que estuviese enferma, sino que sabía lo que le sucedería después. Por eso no quería levantarse. Como la otra vez. Sí, ahora recordaba lo que aquella mañana no pudo recordar; cuándo y dónde lo hizo la otra

vez. Fue allá, en Castilla, hacía casi cuarenta años; la madrugada del día en que se despeñó.

Cuando apoyó la escopeta en su oído, la perra volvió a gemir.

—Vamos, *Morita*, vieja; no seas tonta; no tengas miedo. ¿Es que no te acuerdas ya? No se siente nada. Será como la otra vez, que ni te enteraste...

Un momento antes de apretar el gatillo, volvió la cabeza. Después, lentamente, comenzó a andar, sin pararse a echar una mirada a la perra muerta junto a las adelfas, muerta entre las zarzas...

Ahora llovía a cántaros. El agua le cegaba los ojos. Nada de extraño tuvo que escuchase sus voces antes de verlos...

—Pero si es el abuelo... —exclamó el ebanista— ¡Demonio de hombre! ¿No me dijo el otro día que iba a quedarse en casa? Y ahora se viene solo y con este tiempo... ¡Demonio de hombre!

El ebanista debió notar algo extraño, porque, cambiando el tono, inquirió:

—¿Se encuentra usted bien, abuelo? ¿Le ocurre algo?

El se limitó a mover la cabeza, denegando. Comenzaron a ascender la ladera lentamente, acomodando sus pasos a los de él, a pesar de la urgencia en que les ponía la lluvia. El agua se deslizaba por sus mejillas arrugadas, de viejo ídolo de barro cuarteado. Después de todo, se alegraba de que estuviera lloviendo, porque, de esa manera, ellos no podían verle las lágrimas.

Antonio Martínez Menchén